

COMERCIO ESTADÍSTICA DEL COBRE.

Table with columns for 'EXISTENCIAS EN INGLATERRA Y FRANCIA', '1886', '1885', '1884'. Rows list various copper products and their quantities in tons.

ESTADO COMPARATIVO.

Table with columns for 'PRECIO DE BARRAS', '1886', '1885', '1884'. Rows show prices for different types of copper bars and their weights.

BOLSA COMERCIAL DE VALPARAISO.

Table listing market prices for various goods like flour, oil, and other commodities.

PRECIO CORRIENTE DE ACCIONES Y BONOS.

Table showing current prices for stocks and bonds.

FERRO-CARRILES.

Table listing prices for railway-related items like iron and steel.

VAPORES, BUQUES, ETC.

Table listing shipping schedules and prices for various vessels.

COMPANIAS DE GAS.

Table listing gas company information and prices.

COMPANIAS DE MINAS.

Table listing mining company information and prices.

COMPANIAS DE FERRO-CARRILES.

Table listing railway company information and prices.

COMPANIAS DE VAPORES.

Table listing steamship company information and prices.

COMPANIAS DE SEGUROS.

Table listing insurance company information and prices.

COMPANIAS DE BARRAS.

Table listing bar company information and prices.

COMPANIAS DE BARRAS.

Table listing bar company information and prices.

estar espuesto a peligros que no resultarían de su situación interior. Existe hoy un movimiento socialista muy desarrollado en varios países. Os recordamos los tiempos de la primera revolución, en que los ejércitos franceses se hicieron el campeón de una idea política, etc.

En una palabra, si debiesen ocurrir nuevos grandes sacudimientos europeos, serían mucho más complicados, que los que dejamos atrás, y tendrían un carácter más internacional. Si eso hubiera de suceder, sería que el imperio alemán tuviera la solidez que los hubiésemos dado en tiempo de paz.

No veo peligros en el horizonte. Verdad es que debo decir (cosa que tal vez hace poco honor a mi reputación como diplomático) que tampoco los veía en 1870. Por eso me apresuro a trabajar en reformas a fin de que si sobreviene crisis y si la solidez de la Constitución alemana se somete a pruebas que no ha sufrido todavía, no pueda decirse que hemos dejado pasar el momento favorable.

Carta del Arzobispo de Paris al Presidente de la República.

Su eminencia el cardenal Guibert, Arzobispo de Paris, dirigió con fecha 30 de mayo último al Presidente de la República una enérgica y sentida carta en queja de la persecución que desde hace seis años viene sufriendo la Iglesia católica en Francia por parte del gobierno.

Su eminencia, después de enumerar detalladamente los atentados sucesivos de que ha sido objeto la Iglesia y el clero, formula su conclusión en estos términos: «El clero católico no ha hecho oposición alguna al gobierno que rije la Francia; pero el gobierno, desde hace seis años, ha estado persiguiendo al clero, de debilitar las instituciones cristianas y de preparar la abolición de la religión misma.»

El ilustrado prelado invoca la edad avanzada del Presidente de la República, su gran experiencia, su antigua adhesión a la causa republicana, la confianza cuyo testimonio le ha renovado la asamblea nacional, para invitarle a intervenir en la situación difícil a que han llegado los asuntos de Francia.

La cuestión eclesiástica en Prusia.

El correspondiente del Journal des Debats en Berlín tiene por objeto, a pesar de las denegaciones de la Gaceta de Colonia, el gabinete italiano ha visto con malos ojos el proyecto de ley político-eclesiástica, sometido actualmente a la alta Cámara de Prusia, y que pone término al Kulturkampf.

También hace notar que la prensa alemana ha publicado en estos últimos tiempos artículos en que se discute seriamente la idea de quitar a Roma la capitalidad de Italia, si tomas que considera dignos de llamar la atención.

En cuanto a la actitud del príncipe de Bismarck, añade el correspondiente, «esa dependencia de la actitud del Vaticano. Si el Príncipe acepta el nuevo régimen eclesiástico, sin exigir que este régimen tome la forma de un Concordato, quedará hecha la paz y la mala voluntad de Italia no le impedirá. Si Leon XIII se muestra difícil y no concede las compensaciones esperadas, podremos asistir a un cambio de decoración.»

EL ESTADO DE LA REPUBLICA FRANCESA.

Este es el título del gravísimo artículo publicado por el periódico oficioso alemán Die Post, en que se trata de la situación política y económica de Francia, y se hace un análisis de la situación actual.

La ley contra los socialistas en Alemania.

El miércoles terminó en el parlamento alemán la discusión de la ley contra los socialistas, cuyo proyecto fué aprobado de acuerdo con una enmienda de Mr. Hertling, aceptada por el gobierno, que reduce a dos años en vez de cinco el plazo durante el cual habrá de estar vigente dicha ley.

La discusión fué bastante viva y animada. Al tratarse del tiempo durante el cual habrá de estar vigente la ley, como la cámara pareció inclinarse a que el plazo fuera solo de un año, el príncipe de Bismarck declaró que si la cámara no concediese más que esa prórroga, el gobierno trataría de adoptar medidas de defensa sin ley.

La necesidad de esta ley haría sentir más vivamente. El canciller añadió que el gobierno consentiría en la prórroga de la ley por un año, si la cámara se inclinara a que el plazo fuera solo de un año, el príncipe de Bismarck declaró que si la cámara no concediese más que esa prórroga, el gobierno trataría de adoptar medidas de defensa sin ley.

En Francia es otra cosa. Allí no se recatan para decirse cara a cara lo que piensan uno de otros, y no hay ese aspecto de cortesía respecto de los adversarios. Así se ve, por ejemplo, que no se le nombra miembros de las comisiones parlamentarias, hecho reciente y constante adversario del imperio son los joides por la mayoría, que da su aprobación a los polacos, a los guelfos y a los demócratas socialistas, y me pregunto si puedo hallar realmente en esa mayoría el punto de apoyo de la unidad alemana. Hemos aceptado la tradición parlamentaria inglesa, y no suponemos a los diputados otras razones para sus votos que las que ellos dan; en una palabra, creemos que diputados y gobierno se esfuerzan en mirar a los hombres como virtuosos y patriotas: esto, entre nosotros, es cosa natural.

La Bolsa por ejemplo, sea frecuentemente sensible a cosas insignificantes, y no hay ninguno caso de jérmenes, insofocables, aunque no se puede fijar la hora en que empezarán a desarrollarse.

Respecto del mundo mercantil tiene, sin embargo, la prensa generalmente el deber de evitar que se alarme. Así como no está bien, aplicando otra vez el ejemplo que pusimos antes, dar un baile ni mucho menos armar disputas en una casa en que de un momento a otro se espera una desgracia, así tampoco debe la prensa consentir que la indolencia o la inacción en la nación hasta el punto de que, creyéndose muy lejos de todo peligro, no haga otra cosa que debilitarse más y más.

Los «Anales prusianos» dicen en sus correspondencias de marzo, hablando de un pueblo en Francia, lo siguiente: «Cuando un pueblo no alimenta más que una esperanza, y ha puesto irrevocablemente todo su porvenir en una sola carta, debe llegar un momento en que su impaciencia por salir de una situación provisional se desborde por encima de todos los diques. Parecemos que todo el mundo debe ver la rápida subida de esta inundación.»

La cuestión eclesiástica en Prusia.

El ilustrado prelado invoca la edad avanzada del Presidente de la República, su gran experiencia, su antigua adhesión a la causa republicana, la confianza cuyo testimonio le ha renovado la asamblea nacional, para invitarle a intervenir en la situación difícil a que han llegado los asuntos de Francia.

«Continuando la República por el camino en que ha entrado puede hacer mucho mal a la religión, no conseguirá matarla. La Iglesia ha conocido otros peligros, ha atravesado otras borrascas, y vive todavía en el corazón de la Francia. Asistirá a los funerales de los que se libran de angustiarla.»

La República no ha recibido ni de Dios ni de la historia ninguna promesa de inmortalidad. Si vuestra influencia pudiera atraerla al respeto de las conciencias, a una aplicación del Concordato, en su espíritu, así como en su letra, habríais hecho mucho para asegurar la paz pública, y para restablecer la unión en los ánimos.

Si fracasas en esa empresa o si el clero, no poder interceder, entonces no es el clero, no es la Iglesia a quien se podrá acusar de trabajar por la ruina del establecimiento político, cuya guarda tenéis; sabéis que la rebelión no es arma de guerra.

El clero continuará sufriendo con paciencia; orará por sus enemigos; pedirá a Dios que los ilumine y les inspire sentimientos más justos; pero los que hayan querido esa guerra impia, se destruirán ellos mismos en ella y se habrán causado grandes ruinas antes de que nuestro amor país vuelva a ver días prósperos. Las pasiones subversivas, cuyo próximo despertar hace temer más de un indicio, crearán peligros nunca más graves que los que ustedes a Dios que se achacan al clero.

«Y cuando Dios que es un horrible tormento a los que los apáticos desentendidos no hallan por delante ninguna barrera moral, no se vea zozobrar la fortuna y hasta la independencia de nuestra patria!»

Al estremo, ya de una larga carrera, he querido, antes de ir a dar cuenta a Dios de mi administración, desligar mi responsabilidad respecto de semejantes desgracias. Pero no me resolví a cerrar esta carta sin expresar la esperanza de que la Francia nunca se dejará despojar de las santas creencias que han hecho su fuerza y su gloria en el pasado, y le han asegurado figurar en primera línea entre las naciones.

Confo, señor presidente, estas graves reflexiones a vuestra sabiduría y a vuestra alta inteligencia, y os ruego que aceptéis el homenaje de mi más respetuosa consideración.»

Por otra parte, el Temps publica el siguiente despacho de su correspondiente en Berlín fechado el 27: «Monsieur Kopp (Obispo de Fulda) ha presentado nuevas enmiendas al proyecto de ley político-eclesiástica. La comisión las examina mañana. Monsiour Kopp pide que se supriman las disposiciones sobre apelación al Estado, y que la celebración de misas rezadas y la dispensa de sacramentos gozan de una inmunidad no condicional, sino absoluta.»

Poco tiempo después de haber publicado el artículo de la discusión de la ley contra los socialistas, cuyo proyecto fué aprobado de acuerdo con una enmienda de Mr. Hertling, aceptada por el gobierno, que reduce a dos años en vez de cinco el plazo durante el cual habrá de estar vigente dicha ley.

La discusión fué bastante viva y animada. Al tratarse del tiempo durante el cual habrá de estar vigente la ley, como la cámara pareció inclinarse a que el plazo fuera solo de un año, el príncipe de Bismarck declaró que si la cámara no concediese más que esa prórroga, el gobierno trataría de adoptar medidas de defensa sin ley.

En Francia es otra cosa. Allí no se recatan para decirse cara a cara lo que piensan uno de otros, y no hay ese aspecto de cortesía respecto de los adversarios. Así se ve, por ejemplo, que no se le nombra miembros de las comisiones parlamentarias, hecho reciente y constante adversario del imperio son los joides por la mayoría, que da su aprobación a los polacos, a los guelfos y a los demócratas socialistas, y me pregunto si puedo hallar realmente en esa mayoría el punto de apoyo de la unidad alemana.

La Bolsa por ejemplo, sea frecuentemente sensible a cosas insignificantes, y no hay ninguno caso de jérmenes, insofocables, aunque no se puede fijar la hora en que empezarán a desarrollarse.

Respecto del mundo mercantil tiene, sin embargo, la prensa generalmente el deber de evitar que se alarme. Así como no está bien, aplicando otra vez el ejemplo que pusimos antes, dar un baile ni mucho menos armar disputas en una casa en que de un momento a otro se espera una desgracia, así tampoco debe la prensa consentir que la indolencia o la inacción en la nación hasta el punto de que, creyéndose muy lejos de todo peligro, no haga otra cosa que debilitarse más y más.

Los «Anales prusianos» dicen en sus correspondencias de marzo, hablando de un pueblo en Francia, lo siguiente: «Cuando un pueblo no alimenta más que una esperanza, y ha puesto irrevocablemente todo su porvenir en una sola carta, debe llegar un momento en que su impaciencia por salir de una situación provisional se desborde por encima de todos los diques. Parecemos que todo el mundo debe ver la rápida subida de esta inundación.»

La política alemana aguardará el curso de los acontecimientos, orgullosa de su firmeza; pero a la nación es preciso decirle a voz en grito que tiene que recapacitar, porque ya va a ser desvanecida la esperanza, que lleva a cabo la reconciliación entre Francia y Alemania por medios racionales. Por esto no se espere lo lamentable que es este hecho, pues será inevitable hacerlo cuando se midan y taseen las responsabilidades. Hoy no hay que juzgar ningún francés que comprenda, y si lo comprende, que se atreva a decirlo, la responsabilidad que toma sobre sí la nación francesa. Las consecuencias serán para la Francia las más perniciosas, aun en caso de triunfar; pero volvamos cuanto antes a lo que es del momento.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

La prensa francesa ha leído el artículo de la Gaceta de Colonia con cierto satisfacción y maligno regocijo, como si quisiera decir: «¡Oh! los alemanes empiezan a tener miedo!» En efecto, temerán el derramamiento de sangre y las miserias de una guerra que, cualquiera que sea su fin, hará un daño incalculable a la civilización europea. Tocante al temor de ser tal vez derrotados, como parecen decir los franceses, no nos tomaremos la molestia de aguarles ese regocijo. Aun es permitido dudar de si hablan con sinceridad de su bienestar interior.

AVISOS. A COMPANIA DE BOMBEROS. BOMBAS AMERICANAS Y CACHAPOL. De órden del capitán, invito a la Compañía para asistir a la inauguración del monumento a la Marina Nacional que tendrá lugar el sábado 21 del presente. Asistencia en el cu